

➤ *Papa Francisco, Ángelus en la fiesta de la Inmaculada, 8 de diciembre de 2015. La Inmaculada Concepción significa que María es la primera salvada por la infinita misericordia del Padre, como primicia de la salvación que Dios quiere dar a cada hombre y mujer, en Cristo. Celebrar esta fiesta comporta dos cosas. Primero: acoger plenamente a Dios y su gracia misericordiosa en nuestra vida. Segundo: convertirnos a nuestra vez en artífices de misericordia mediante un camino evangélico.*

Hoy, la fiesta de la Inmaculada nos hace contemplar a la Virgen que, por singular privilegio, fue preservada del pecado original desde su concepción. Aunque vivía en el mundo marcado por el pecado, no fue tocada por él: María es nuestra hermana en el sufrimiento, pero no en el mal ni en el pecado. Es más, el mal en ella fue derrotado antes de rozarla, porque Dios la llenó de gracia (cfr. Lc 1,28). La Inmaculada Concepción significa que María es la primera salvada por la infinita misericordia del Padre, como primicia de la salvación que Dios quiere dar a cada hombre y mujer, en Cristo. Por eso, la Inmaculada es imagen sublime de la misericordia divina que ha vencido al pecado. Y nosotros, hoy, al inicio del Jubileo de la Misericordia, queremos mirar esa imagen con amor confiado y contemplarla en todo su esplendor, imitando su fe.

En la concepción inmaculada de María estamos invitados a reconocer la aurora del mundo nuevo, transformado por la obra salvadora del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. La aurora de la nueva creación realizada por la divina misericordia. Por eso, la Virgen María, jamás contagiada por el pecado y siempre llena de Dios, es madre de una humanidad nueva. Es madre del mundo recreado.

Celebrar esta fiesta comporta dos cosas. Primero: acoger plenamente a Dios y su gracia misericordiosa en nuestra vida. Segundo: convertirnos a nuestra vez en artífices de misericordia mediante un camino evangélico. La fiesta de la Inmaculada se vuelve entonces la fiesta de todos si, con nuestros “sí” diarios, logramos vencer nuestro egoísmo y hacer más alegre la vida de nuestros hermanos, a darles esperanza, enjugando alguna lagrima y dando un poco de alegría. A imitación de María, estamos llamados a ser portadores de Cristo y testigos de su amor, mirando ante todo a los que son los privilegiados a los ojos de Jesús. Son los que él mismo nos ha indicado: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me hospedasteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 35-36).

La actual fiesta de la Inmaculada Concepción tiene un específico mensaje que comunicarnos: nos recuerda que en nuestra vida todo es don, todo es misericordia. Que la Virgen Santa, primicia de los salvados, modelo de la Iglesia, Esposa santa e inmaculada, amada por el Señor, nos ayude a descubrir cada vez más la misericordia divina como distintivo del cristiano. No se puede entender a un cristiano verdadero que no sea misericordioso, como no se puede entender a Dios sin su misericordia. Esa es la palabra-síntesis del Evangelio: misericordia. Es el rasgo fundamental del rostro de Cristo: ese rostro que reconocemos en los distintos aspectos de su existencia: cuando sale al encuentro de todos, cuando cura a los enfermos, cuando se sienta a la mesa con los pecadores, y sobre todo cuando, clavado en la cruz, perdona; ahí vemos el rostro de la misericordia divina. No tengamos miedo: dejémonos abrazar por la misericordia de Dios que nos espera y perdona todo. Nada es más dulce que su misericordia. Dejémonos acariciar por Dios: es tan bueno, el Señor, y perdona todo.

Por intercesión de María Inmaculada, que la misericordia tome posesión de nuestros corazones y transforme toda nuestra vida.

[www.parroqiasantamonica.com](http://www.parroqiasantamonica.com)

**Vida Cristiana**